

La novela de Ana Teresa Torres:

VAGAS DESAPARICIONES:

Para Ana Teresa,
Con un abrazo fuerte. Denzil Romero

13-11-95

Entre nosotros, cierta crítica superficial ha propalado la tesis, o el **prejuicio** sería mejor decir, de que Ana Teresa Torres es sólo una copia al carbón, puesta al día por supuesto, de Ana Teresa Parra Sanojo (1890-1936), mejor conocida literariamente por su seudónimo **Teresa de la Parra**, nuestra ya clásica escritora de las primeras décadas de este siglo quien, pese a sus indudables méritos creativos y estilísticos, ha quedado entre nosotros como el paradigma de la damita burguesa, la típica **niña bien** que escribía o escribe para no fastidiarse, para combatir la **murria existencial**, valdría decir, máximamente si destacamos en su caso los rasgos que caracterizan sus dos únicas novelas **Ifigenia** (1924) y **Las memorias de Mamá Blanca** (1929), marcadas ambas por una intención y un significado acordes con el mejor ánimo burgués, revelantes (cierto) de una relativa incomodidad crítica frente a la realidad circundante, pero, a la postre, teñidas por una sospechosa nostalgia respecto de un orden de cosas aristocratizante, un estilo de vida y un comportamiento que irremisiblemente se transformarían por obra de los cambios socio-políticos ocurridos en las décadas inmediatas siguientes y que aún no alcanzamos a predecir hasta dónde podrán conducirnos. Imagino que esa cierta tendencia crítica basó su pregonado prejuicio en algunas coincidencias fácticas que se dan entre las dos escritoras:

la condición femenina, primero que ninguna más; la compartida homonimia que tienen entre ellas, Ana Teresa la una y Ana Teresa la otra (la crítica de libros entre nosotros, a veces, es tan arbitraria y simplista que hasta en una vulgar coincidencia como esa puede pretender fundamentar un prejuicio y elaborar una hipótesis); la común extracción social de ambas; sus respectivas vinculaciones con familias tradicionales y de raigambre en el patriciado criollo; el tono memorioso que ciertamente se destaca en la narrativa anterior de Ana Teresa Torres y que cobra evidencia desde el propio título de las obras: **El exilio del tiempo** (1990) y **Doña Inés contra el olvido** (1992), y, partiendo de allí, la presumible añoranza por un pasado que muchos consideraban y siguen considerando estética y socialmente venturoso, justo, y casi perfecto, si no perfecto del todo.

Traigo a colación el prejuicio antes dicho oído incluso en boca de personas a las que suponemos **buenos lectores** (Manuel Caballero, historiador, crítico y docente universitario se lo espitó la otra noche, ante mi vista y oídos, en casa del ministro Oscar Sambrano Urdaneta), no por afán provocador y malidicente, o para **echarle más leña al fuego**; menos, por el empeño sociocrítico de abrir con la autora una discusión sobre los **ideosemas** y la **morfogénesis** de sus textos, su apego previsible por determinadas prácticas sociales y las mediaciones intratextuales que puedan privar sobre su narrativa; la ideología y el discurso reprimido que en sus ficciones puedan evidenciarse. No; quiero, simplemente, resaltar el hecho de que no es denigrante que se diga de nuestra autora que ella es remota causahabiente o sucesora de Teresa de la Parra en nuestro devenir literario. Gústete a quien le guste, la Parra fue una gran escritora

en su momento, y Ana Teresa Torres lo es en el suyo. Una, permanece en el tiempo, y la otra, seguramente permanecerá. Además, sabido es que ninguno de nosotros hemos nacido por generación espontánea. Ana Teresa Torres, desde cuando dio a conocer sus primeras ficciones, allá por 1984, cuando ganó el **Concurso Anual de Cuentos** del diario **El Nacional**, se reveló como una escritora segura de su oficio, con espléndido manejo de los recursos estilísticos y técnicos, psicológicos, mecánicos, intuitivos, reales o fantásticos, y dueña de una sustancia clásica nada artificiosa, sino, por el contrario producto de muchas lecturas, meditaciones y análisis reflexivos, no importa si con marcado apego al tiempo, a la memoria, o si se quiere a la historia y a la cronología, sin que ello determine - como no lo determina, por lo menos a mi juicio - consecuencias catastróficas.

Publicadas sus dos novelas inmediatas anteriores, ya nadie pudo dudar con justicia que Ana Teresa Torres es una escritora íntegra, verdadera e individualizada en su obra; una escritora que sin desprenderse de la realidad inmediata de su país, ha sabido alcanzar un grado de universalidad en su escritura por el tratamiento moldeable, bien acompasado, del lenguaje, y por los niveles de composición de sus textos que se aproximan a la realidad y a la historia, plenos, imaginativos, autónomos, sin timideces, desde adentro y desde afuera, buscando la totalidad, hacia atrás y hacia adelante en el tiempo, hasta lograr una realidad nueva, la realidad literaria o novelística propiamente dichas.

Y ello, bastaría para consagrarla con independencia de las influencias que la condicionan o puedan condicionar (llámense Teresa de la Parra, Trina Larralde o Antonia Palacios con su **Ana Isabel**, una

niña decente; llámense Virginia Woolf, Colette o la danesa y deliciosa baronesa de Blixen); y más allá de su origen social o de cualquier otro tipo de consideraciones extra o metatextuales.

En todo caso, esta novela que presentamos esta noche, significa una continuación y un ascenso notables en el discurrir cualitativo de la narrativa de Ana Teresa Torres, sin considerar los temores atávicos y las creencias clasistas que la autora pueda o no abrigar. Esta vez los cazadores de influencias, préstamos y deudas, incongruencias y anacronismos, y los cultivadores de prejuicios van a perder su tiempo y no encontrarán mayor paño donde cortar. Trátase ahora de una obra perfectamente estructurada, sin costuras, inconsútil como la túnica de Cristo, donde la narración y la descripción de esencias, paisajes y experiencias o contenidos semánticos, e incluso, acontecimientos y sucesos, alcanzan grados de precisa maestría, y diría, que de notoria originalidad. Ambientada en una **casa de orates**, sus personajes Pepín, Eduardo, y todos los demás, pese a sus aparentes banalidades y relativa mediocridad (la propia Ana Teresa, autora y psiquiatra sabia en su oficio de curadora de almas, dice que son personas normales, comunes y corrientes); como tales, por supuesto que se hallan sumergidos en el tiempo; sí, son temporales como cada uno de nosotros los personajes de **Vagas desapariciones**; y andan a la **búsqueda de un tiempo perdido** (entendido, él, al mejor modo proustiano); ese tiempo que es el de la novela y el de nuestras propias vidas. Ese tiempo que pertenece a la especie, sin dejarse apresar por ningún humano en particular. Quizás, por eso mismo, esa búsqueda resulte infructuosa, pero bien vale la pena seguirla intentando. Quizás, por ello, la propia Ana Teresa diga

que su novela es **"una metáfora del fracaso**. ¿Es un fracaso tratar de aprehender el tiempo?, me pregunto. Quizás, lo sea, respondo; sobre todo si se trata de un tiempo como éste que corre, donde las iniquidades del pasado parecen haber sido superadas por iniquidades mayores, y la crueldad se hace cada vez más cruel, y la injusticia cada vez más injusta, y la violencia cada vez más violenta. Y la inseguridad, y el hambre, y las carencias múltiples, cada vez más apabullantes. No obstante, como quiera que sea, los creadores o quienes nos pretendemos tales, no podemos cejar en el empeño de tratar de bañarnos en el río heracliteano. Esta, la más reciente novela publicada de Ana Teresa Torres, lo confirma con creces. Por eso, la leí con fruición en una sola tarde, y los invito a que lo hagan también; por supuesto que, cada uno a su ritmo. En su momento, sacarán las conclusiones que les resulten más pertinentes. Pero, eso sí, háganlo sin creencias y mapas de rutas preconcebidos, con libertad, fluyentes, fluidos, como el propio río heracliteano, fracturados o enteros, aritméticos o geometrizados, encendidos por el ensueño o ensombrecidos por súbitas melancolías; pero, desprejuiciados, no atentos a la opinión de la crítica simplista. Por ahora, dejemos que sea la propia Ana Teresa que nos hable de su experiencia creadora... Gracias... Muchas gracias...